

REFLEXIONES SOBRE LA POESÍA BÍBLICA

DAVID GONZALO MAESO

La poesía bíblica es una floresta de vida y actualidad perennes, cuyo aroma perfuma, desde hace más de tres milenios, el Edén escriturario y aun diríamos el mundo entero. Plumas áureas han escrito páginas admirables acerca de esta hada celestial; pero la materia es tan vasta, de tal profundidad y riqueza, que aún nos parece muy poco, en comparación de todo cuanto pudiera decirse, lo que escribieron esos autores, unos, hebraístas y biblistas, tales como Robert Lowth (1753), Juan-Godfried de Herder (1782), König (1900), Dhorme (1931), otros no peor dotados, a fuer de poetas o eximios oradores, como Lamartine, Victor Hugo, Donoso Cortés, de fino sentido estético y, sobre todo, de gran capacidad de entusiasmo, pues ambas cualidades son imprescindibles para captar y admirar los quilates, sublimidad y armonías celestiales de esa sin par poesía.

No parecerá, por lo tanto, desmedido atrevimiento volver a estudiar o considerar una materia tan atractiva y elevada, máxime si se efectúa desde nuevos puntos de vista, en la perspectiva de las aportaciones filológicas, lingüísticas y sobre todo métricas, realizadas en los últimos decenios, en las que, —digámoslo sin falsa modestia— alguna parte nos ha correspondido.

Pero ésta nos parece tan exigua al lado de lo mucho que quisiéramos añadir y de los materiales que al respecto tenemos acopiados, que más bien lo calificaríamos de simple anticipo o pregustación de otras lucubraciones de mayor empeño.

Cinco partes abarcarán nuestra disertación: a) Primera, elevación sobre las excelencias de la *poesía en general* y la *bíblica en particular*; Segunda, análisis de la forma externa, material de la poesía hebreo-bíblica, es decir, su *sistema de versificación*; c) Tercera, exposición de su *forma interna* (galas y primores estéticos) y *espiritual* (notas y caracteres específicos) de la misma; d) Cuarta, contenido y fondo doctrinal filosófico-teológico de la poesía escrituraria; y e) Quinta, perennidad de esta sublime poesía.

a) Elevación sobre las excelencias de la poesía en general

La poesía, don exquisito del cielo, destello sublime de la Divinidad, ornamento y armonía del universo, tiene su expresión sutil y vibrante en la palabra rítmica,

la imagen coloreada y luminosa, las figuras abigarradas, el hálito amoroso de vida que infunde en toda su temática; es una visión superior, más íntima, profunda, bella y deleitable que otra cualquiera, del mundo, del hombre y de Dios mismo, fuente suprema de sabiduría, belleza y amor, las tres galas supremas de toda poesía. Ella representa la categoría más excelsa de toda la creación, con cuyo nombre hasta se identifica (ποίησις, “acción; composición, creación”), y en su esencia se funden la verdad, la hermosura, la grandeza, lo humano y lo divino.

Tras estas pinceladas descriptivas cabría intentar definir la poesía: fácil sería reunir un copioso florilegio con las definiciones formuladas. Con todo, si hubiéramos de condensar en dos términos el concepto de poesía, diríamos que, substancialmente es *vida* creación de un mundo nuevo, esencialmente distinto, y al par más atractivo, *idealizado/a* y espiritual del palpable y material, que nos envuelve y es nuestra atmósfera habitual. Es la *vivificación del universo*, del inerte reino *mineral*, del *vegetal*, afincado en sus raíces que se hunden en el suelo, del *animal*, múltiple, polícromo y agitado, incorporados todos, por obra mágica del soplo poético, a una más alta contemplación, más encumbrados destinos, en la economía general del cosmos, a cantar en armoniosa orquesta el magno poema de la gloria de Dios y de su omnipotencia, que entona y dirige el hombre como rey de la creación. “Los cielos pregonan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Sal 19² y 89⁶), “el que hace cosas tan grandes e insondables, maravillas sin número” (Jb 5⁹), “el que hizo sabiamente los cielos” (Sal 136⁵).

Concepción, animación y acción son los tres procesos de la creación poética, que desarrollan el profundo sentimiento de una vida más sutil, elevada, intemporal y supraespacial, que gravita fuera de las órbitas rígidas del tiempo y el espacio.

La poesía, como hacía observar el comendador griego (Hernán Núñez Pinciano) en su comentario a *Las Trescientas* de Juan de Mena, “es una ciencia muy antigua e cuasi la primera de todas”. En efecto, el género poético es el lucero matutino en todas las literaturas, sobre todo las antiguas, en las que la poesía se manifiesta aureolada con una dignidad casi divina. Lo propio ocurrió con la hebreo-bíblica en cuanto a su aparición, aun cuando esa aurora se presente envuelta en oscura nebulosa al investigador. Pero es tan fuerte y patente la impronta poética en la Biblia que, como acertadamente señalaba el Prof. Millás:

“Todo aquél que tenga cierta convivencia con la Biblia podrá comprobar el gusto poético de la misma. El fondo inefable de la Biblia, o sea la vivencia de un pueblo con el Dios de la santidad y de la caridad, busca casi siempre expresarse en estilo y aún en forma poética”.¹

1. *La Poesía sagrada hebraicoespañola*, “Instituto Arias Montano”, C.S.I.C., Madrid, 1940, p. 1.

La poesía se enlaza con la más alta filosofía, con las ciencias y las bellas artes, se encumbra sobre el tiempo y el espacio, y en todas sus realizaciones pone un sello de eternidad y ecumenismo: es la síntesis más perfecta de los más eximios valores. Es el sol que ilumina la vida del hombre, luna y cielo estrellado de sus ensueños, pero anterior al hombre y al mundo. Como la sabiduría bíblica, con la cual en cierto modo se identifica, “existe desde la eternidad, desde los orígenes, antes de que la Tierra fuese”; “cuando se afirmaron los cielos y se trazó un círculo sobre la faz del abismo, allí estaba ella recreándose en el orbe terráqueo y cifrando sus delicias en los hijos de los hombres” (Pr 8^{23,27,31}).

Pero, ante todo, la poesía es la expresión más completa y acendrada del espíritu humano, de ese misterioso microcosmos, al que Dios concedió la corona de la realeza sobre todo lo que su vista y su mente abarca.

Cuando tantas y tan maravillosas perfecciones atesora en sí la poesía, es obvio que el mensaje divino a los hombres, como voz de eternidad y evocación de trasmundo tenía que expresarse en módulos poéticos, a fin de presentarse e insinuarse con todas las galas de lo verdadero y de lo bello. Porque es una realidad intangible que “sólo la verdad es bella, la verdad sola es amable”, como afirmó valientemente el preceptista francés. ¿Y qué cosa más verdadera que la Palabra de Dios? ¿Ni qué puede haber más amable para el alma humana, sedienta de belleza y de amor, siempre tan íntimamente unidos, que la divina revelación, esa carta magna enviada por el “Padre de las misericordias y Dios de toda consolación” a sus hijos muy amados?

Por eso la poesía se difunde, como savia misteriosa por todas las páginas de la Sda. Escritura, que es a la vez divina epopeya y el magno poema de la Humanidad.

Pero los hombres, ciegos y sordos tantas veces a las luces y voces celestiales, no paran mientes, ni ven ni oyen, y corren desalados tras efímeras bellezas y mentidos amores, que se desvanecen como la flor del campo, como sombra engañosa, para llorar después desolados sus tristes extravíos.

¡Qué magníficamente expresó la grandeza y consuelo de las divinas Escrituras su Máximo Doctor y más apasionado amador, cuando dijo con toda la efusión de su gran corazón:

“Si hay algo aquí en la tierra que mantenga en la sabiduría y que en las tribulaciones y torbellinos del mundo ayude a conservar el equilibrio del alma, creo que es, antes que nada, la meditación y la ciencia de las Escrituras” (*Coment. Epíst. Ef.*).

En suma, la poesía bíblica, por especial prerrogativa, entraña dentro de su esencia todos los valores espirituales que atesoró el antiguo Israel, el pueblo escogido de Dios, anticipo y símbolo del ecuménico pueblo de Dios, la humanidad entera. Es una armónica síntesis de la sabiduría hebraica, mucho más noble y elevada

que la filosofía helénica, de la Teología dogmática y la moral, tres deíficas esencias difundidas en los oráculos de los Profetas y los siete libros sapienciales, como las siete columnas labradas por la *Hokmā* bíblica (Pr. 9¹), de la *Música*, inseparablemente unida al verbo poético, y hasta de la *Danza*, que sobre todo en su manifestación religiosa, es su dinámico complemento.

En el programa que San Pablo propone a los fieles de Efeso para “vivir con circunspección, no como necios sino como sabios”, insiste en el poderoso recurso de la Poesía musicada: “Llenos de Espíritu Santo, coloquiando entre vosotros con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y salmodiando al Señor con vuestros corazones” (Ef 5^{15,18,19}), admonición que reitera en términos semejantes a los Colosenses (Cl 3¹⁶), como quien tiene muy adentrada esa convicción en el fondo del alma. Nunca alcanzará, en efecto, más digno empleo la poesía, sobre todo hermanada con la música, que al convertirse ambas en plegaria, máxime como expresión de la mancomunada religiosidad. Así dignificada, adquirió singular predicamento en la cristiandad, desde los primeros tiempos, como lo había tenido, y siguió teniendo, en la Sinagoga.

Tras esta especie de ostensión apoteósica de la poesía, que yo hubiera deseado fuese “un himno gigante” y

“escribirlo, del hombre
domando el rebelde, mezquino idioma”.

pero que apenas si alcanza categoría de un ramillete de flores marchitas, máxime si se tiene en cuenta que, tratándose de la poesía bíblica, habría que celebrarla con angélico lenguaje, vamos a intentar un esbozo siquiera de lo que es y representa la divina poesía de la Biblia, que tan finamente supieron captar algunos espíritus privilegiados, pero se nos ofrece a todos como un manantial inexhausto de enseñanzas y consuelos, luz para la mente y bálsamo para el corazón. Porque todo eso es, en definitiva, la Palabra de Dios. Para ello no hay más que ir a beber con un corazón puro, con las ansias del ciervo sediento que busca las fuentes cristalinas, a esos caudalosos hontanares. “El Espíritu y la Esposa (*el Espíritu Santo y la Iglesia militante, nuestra Madre*) dicen (*a cada uno*; son palabras del Apocalipsis, como final de ese banquete espléndido de toda la Escritura): Ven ... El que tenga sed, venga, y el que quiera tome gratis el agua de la vida” (Ap 22¹⁷).

Esa misma Esposa, prefigurada en la amable Sulamita del Cantar de los Cantares, también nos invita a participar copiosamente en ese banquete: “Comed, compañeros, y bebed, amigos míos, embriagaos” (Cnt 5¹). Es la misma exhortación que nos dirige la propia Sabiduría personificada a que antes aludimos, cuando dice: “Venid y comed mi pan y bebed mi vino, que he mezclado” (Pr 9⁵). ¿Con qué? preguntamos. Con las más puras esencias que hacen dulce y atractiva la divina doctrina, la religión del amor contenida en los sagrados Libros.

Para ello, el ideal sería ir a beber en las originarias fuentes de la *verdad hebraica* —o la *verdad hebreo-helénica*, como podría calificarse el lenguaje neotestamentario y de algunos libros del A.T.—; es una bebida mucho más sabrosa que gustada a través de los arcaduces de las traducciones, por excelentes que sean, recordando y parodiando sabias palabras de la Mística Doctora abulense.

La antes indicada tonalidad y coloración poética que se difunde por todo el panorama de los libros sagrados y el carácter de magno poema que en un plano de superior idealidad cabe adjudicarles, pudiera interpretarse como afirmación rotunda de que toda la Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento, se halla estructurada en forma poética, como un todo unitario. Por escaso conocimiento que de la misma se tenga, a cualquiera le sorprendería la afirmación lisa y llana de que la Biblia sea íntegramente una obra poética. Se impone, por lo tanto, la debida aclaración.

Los antiguos rabinos distinguían, a base de los acentos poéticos especiales, denominados en sigla, por los tres libros en que se usan, *šmet*, como únicos propiamente tales, compuestos en verso: Job, Proverbios; Salmos. Es la primera distinción taxativa de que tenemos noticia, en la esfera escolar y didáctica, escrituraria de libros en verso y libros en prosa. Extraño parece, no obstante, que no consideraran como poéticos el Cantar, los Trens de Jeremías y tantos fragmentos de Isaías y demás profetas, mayores y menores. Los Masoretas, gramáticos fundamentalmente o textualistas, como hoy diríamos, tan minuciosos en la fijación y pormenores del texto escriturario, labor que los ocupó varios siglos, apenas prestaron atención al importantísimo aspecto poético y su adecuada discriminación de la prosa. Sin embargo, siglos después un poeta de tan refinada sensibilidad como el granadino Mošé Ibn 'Ezra (s. XI-XII), llamado “el poeta de los poetas”, afirma rotundamente, como intérprete de la unánime, tradicional creencia, en su libro de *Poética*, compuesto en árabe y traducido al hebreo por Bensión Halper, con el título *Šīrat Yišra'el*, “Poesía, o Poética, hebrea”, “que sólo tres libros de la Sagrada Escritura no están en prosa: Salmos, Job y Proverbios, y que dichos libros no son poéticos al estilo árabe, pues les falta el metro y la rima”.²

En las antiguas versiones de la Biblia, empezando por la más antigua, y, en ciertos aspectos, la más venerable, hasta el extremo que algunos la han creído inspirada, lo mismo que la *hebraica véritas*, la griega denominada Septuaginta (de los LXX) o alejandrina, y continuando por las demás griegas y latinas, sin excluir la Vulgata jeronimiana, a nadie se le ocurrió traducir en verso los libros o fragmentos claramente poéticos del Antiguo o del Nuevo Testamento, a pesar de que los traductores latinos más conspicuos, p.e. Cicerón, el gran modelo, en tantos aspectos, de San Jerónimo, solían traducir en el metro adecuado los versos que en el original

2. A. Diez Macho: *Mošé ibn 'Ezra como poeta y preceptista*, “Instituto Arias Montano”, C.S.I.C. Madrid-Barcelona, 1953, p. 122

encontraban, norma que, por nuestra parte, también hemos seguido, a imitación de esos y otros autores antiguos, en diversas ocasiones.

Quizá el reverencial respeto al texto sagrado les sirvió de cortapisa ante el temor de añadir, alterar o eliminar algo, *propter metri necessitatem*. Conocemos el severo criterio del Doctor Máximo respecto al método traductorio, distinto del usual en cualquier otro libro, que siguió y preceptuaba en la Sda. Escritura, donde hasta el orden de las palabras encierra misterios, teoría llevada hasta extremos inverosímiles por los cabalistas.

Reducida a las proporciones indicadas —tres únicos libros— la parte poética o versificada del A. Testamento, quedaban enormemente mermados estos valores. Sabemos con toda seguridad que el área poética abarca mucho más. Pero aunque se admita que la expresión básica del género poético, su honorificante ropaje, que se impone además como condición casi ineludible para la emoción sentimental, es el lenguaje rítmico, en cualquiera de sus formas, hay que reconocer, con todo, que el verso no es de por sí entidad equivalente a poesía, aun cuando sirva a ésta de realce. ¡Cuánto excelente versificador, p.e. el citado príncipe de los oradores latinos o el príncipe de nuestros ingenios, por confesión propia, no pudo ostentar esa “gracia que no le plugo darle al cielo”.

Admitido este principio, que aun los más irreductibles partidarios de la necesidad del verso en toda obra auténtica y plenamente poética, deben —o debemos— aceptar, es de toda evidencia la luminosidad poética que resplandece en todos los libros de la Sda. Escritura, y que trasciende hasta las versiones, forma en que tantos finos ingenios, aun no siendo hebraístas ni orientalistas, ni tampoco escriturarios de profesión, pudieron saborear esos primores exquisitos de contenido y expresión. Con esta simple constatación quedaría a salvo la afirmación cuya verdad tratamos de defender. Pero hay otros varios y poderosos argumentos, que vamos a exponer.

Hoy día las ediciones bíblicas, hebreas y versiones, presentan acotados en forma de unidades poéticas una cantidad asombrosa de versículos, capítulos, fragmentos y libros enteros que los antiguos judíos o cristianos no pensaron, ni por asomo, estuvieran compuestos en lenguaje poético. Basta abrir cualquiera de esos ejemplares. Por lo tanto, el horizonte poético de la Biblia se ha ensanchado de modo sorprendente, casi ilimitado. Ese paulatino reconocimiento de las flores poéticas que esmaltan las praderas bíblicas ha ido acrecentándose más y más, y aún falta mucho por hacer.

Permítasenos una referencia a nuestra labor personal en este terreno, henchido de seductoras perspectivas.

Prescindiendo de nuestros primeros ensayos sobre métrica bíblica, publicados en la prestigiosa revista SEFARAD (1943 y 1945), en que, si no es inmodestia, podríamos considerarnos con toda verdad, como pioneros, al menos en España, haremos mérito solamente de dos trabajos, de especial alcance por su extensión y lo concreto del tema tratado.

El primero es un largo artículo, de más de sesenta páginas, cuyas separatas alcanzan por su volumen categoría de libro, titulado “La divina epopeya o El Génesis, libro poético”, inserto en la revista *Miscelánea de Estudios Arabes y Hebraicos*, de la Sección de Filología Semítica de la Facultad de Letras granadina (1963-64). En él defendíamos la hipótesis de que todo el Génesis y los veinte primeros capítulos del Exodo forman como una gran epopeya, e incluso están en verso, aunque cuando hayan podido sufrir en tiempos antiguos eventuales retoques y parciales prosificaciones, al modo de ciertos cantares de gesta de la primitiva literatura española.

El segundo trabajo fue compuesto como colaboración solicitada para el “Homenaje” al franciscano brasileño Frei João José Pedreira de Castro, y se publicó en versión portuguesa, muy esmerada por cierto, en *Atualidades bíblicas* (Río de Janeiro, 1971, pp. 69-84, en 4º mayor). Se titula: “Três Novos Livros Poéticos da Bíblia: Rute, Jonas e Ester”.

Esta nueva aportación, si se admiten nuestras hipótesis, planteadas con caracteres de tesis, ensancha el panorama poético bíblico, cada vez más dilatado.

Todavía podemos aducir más argumentos, que afectan no ya a libros particulares, sino a todo el canon escriturario. El Génesis y los primeros escritos bíblicos, cualquiera que haya sido su forma de elaboración, cuestión ardua y compleja, es indudable ejercieron extraordinaria influencia en los hagiógrafos subsiguientes, marcando su impronta indeleble en el estilo bíblico. Aparte de que en la remota antigüedad —¿y cuál más remota que la bíblica?— la tendencia prevalente era escribir en forma poética, de especial prestancia, en lugar de la prosa pedestre —recordemos que la epopeya es la forma de la Historia en aquellos lejanos siglos—, los módulos lingüísticos y literarios empleados, por no decir impuestos, en el Génesis y demás escritos susodichos alcanzaron valor canónico y clásico y de una u otra forma, en mayor o menor grado, en función principalmente de la materia tratada y otras razones, con mayor o menor rigurosidad, se perpetuaron hasta las postrimerías de la literatura bíblica.

La segmentación de la frase, el troquel del *pasûq* o versículo en que se moldea el pensamiento, tantas y tantas expresiones consagradas, infinitos recursos estilísticos, etc. contribuyeron a dibujar un perfil destacadamente poético en la forma de elocución. Y en cuanto a la estructura interna, aun libros reconocidos como de estilo poco o nada poéticos, v. gr. el de Josué, el cual, sin embargo, muestra a veces rasgos y expresiones llamativas, aparte de algún fragmento en verso, encierran eventualmente y hasta en su panorámica general innegables valores poéticos. En el mencionado, por ejemplo, suena la trompa épica con retumbantes sonos en las “guerras de Yavé” ante las murallas de Jericó y en otros diversos episodios. Lo propio acontece en el libro de los Jueces, al que bastaría el incomparable himno triunfal de Débora para conferirle un realce poético de subidos quilates, amén de otros relatos de intenso dramatismo.

¿Y qué decir del Nuevo Testamento, que también experimentó la fuerte impronta elocutiva del Antiguo? Ante todo, una observación. Se ha venido afirman-

do inconscientemente, casi como verdad de fe ... literaria, que el estilo de los Evangelios y demás libros neotestamentarios es sencillo, llano, falto de recursos y ornatos literarios, al alcance, en suma, de cualquier inteligencia, aun la menos cultivada. Hora es ya de afirmar paladinamente que eso no es verdad, o lo es solamente a medias.

Ciertamente que la inmaculada claridad de la doctrina evangélica, destinada *universo mundo*, es accesible, en lo esencial y necesario, a cualquier hombre o mujer de buena voluntad, más incluso que a los sabios del mundo. “Es la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo” (Jn 1^o). Pero de eso a suponer que en el Evangelio, no digamos ya en las Epístolas de San Pablo, en las que hasta el primer Pontífice de la Iglesia encontraba arduos problemas (cfr. II Pd 3¹⁶), todo es fácil de entender hasta sus más recónditos misterios, en el fondo y en la forma, hay un abismo. Aparte del contenido doctrinal, fijándonos únicamente en la forma, también en ella hay que reconocer la profunda verdad del dicho agustiniano: *Vetus Testamentum in Novo patet*, es decir, la influencia del A. en el N. Testamento respecto a los módulos literarios, variados y de muy estimables valores.

Afortunadamente en nuestros días se han efectuado serios estudios sobre la estructura de las parábolas, p.e., y el estilo de la predicación de Jesús, que han dado por resultado la constatación de curiosos procedimientos estilísticos, de finalidad didáctica y estética, encaminados a la más perfecta comprensión y retención de las verdades y enseñanzas expuestas; pero nunca vanos juegos de ingenio, alardes sofisticos o fútiles llamaradas, tendentes al ostentoso lucimiento, tan frecuentes en los escritores y oradores de la literatura profana de todos los tiempos. Se trata únicamente de frecuentes antítesis, frases hábilmente segmentadas, expresiones, figuras e imágenes llamativas en abundancia, máximas y sentencias, ocasionales adagios incorporados a la narración y muchos otros recursos que constituyen un auténtico y peculiar *estilo evangélico*.

Todo esto y hasta el ambiente mismo en que se desarrollan las escenas evangélicas dan un colorido poético de extraordinaria fuerza y relevantes valores al lenguaje neotestamentario. También aquí un mal entendido respeto, con caracteres de exclusividad y hasta de conminatoria actitud, al contenido, ha podido inducir a no fijarse —o hasta negar— o fijarse menos de lo debido en la forma, poniendo el acento exclusivamente en el fondo, con mengua y preterición de las bellezas literarias.

Un fuerte viraje se ha iniciado en orden a resaltar estos valores; pero al menos por lo que se refiere al A.T., en que forzosamente hay que tomar como base de estudio el texto original hebraico, aun falta mucho camino por recorrer. En nuestro *Manual de Historia de la Literatura Hebrea* hemos procurado hacer hincapié en esos aspectos al estudiar cada libro del canon escriturario.

San Jerónimo, quizá el único entre los Padres y Doctores de la Iglesia de los primeros siglos, apuntó atinadas observaciones que revelan al genial filólogo y sin

igual escriturista. Robert Lowth, Herder, antes citados, y pocos más abordaron con acierto y valentía esos estudios, que, a pesar de tan valiosas aportaciones, son casi todavía un campo virgen para la investigación.

Queda patente, tras estas breves consideraciones, la profunda impronta poética que resplandece en toda la Biblia, y, señaladamente, un camino sugestivo a seguir en su exégesis y paladeo espiritual, la *meditatio cordis* que debe acompañar a su lectura para conseguir el máximo fruto.

b) Versificación hebreo-bíblica

Expuestas las excelencias, amplitud y hasta universalidad de contenido poético en la Biblia, tanto en el A. como en el N. Testamento, pasemos a estudiar el módulo rítmico, la forma o revestimiento externo, el tipo métrico, en suma, de esa poesía, antes de proceder al análisis de sus primores literarios y estéticos. Este orden de prelación no es ciertamente el de su valoración, y va impuesto por dos razones: primera, la forma es lo que inicialmente se ofrece a la consideración y placer espiritual, a través del oído; segunda, ese aspecto ha sido el más preterido y hasta inadecuadamente interpretado.

Mucho se ha discutido en otros tiempos sobre la cuestión de si el verso, en cualquiera de sus formas, como selecto ropaje, debe ser la obligada expresión en los géneros llamados poéticos. Nuestra opinión es rotundamente afirmativa. Admitimos que con frecuencia se emplea el término *poesía* por extensión, en el sentido de belleza, gracia sutil, o simplemente “elevación de ideas, en el estilo” (Larousse), y así es aplicable a la prosa, en ciertos pasajes o fragmentos, e incluso a otras bellas artes, como la pintura, o a un paisaje, un momento de la vida humana, una escena cualquiera, un evento social, siempre que haya espíritus capaces de sentirlo. Sin embargo, la poesía como género especial elocutivo y en su grado superior, como forma literaria, tiene sus fueros y prerrogativas, que no pueden soslayarse. Hasta se define a veces, en términos más sencillos, como “arte de hacer versos” (Larousse) y obras en verso. La definición corriente de poesía es la consignada en primer término por el Diccionario de la Academia: “Expresión artística por medio de la palabra sujeta a medida y cadencia, de que resulta el verso”. Aceptada esta noción, huelgan discusiones.

Arriesgadas suelen ser, cuando no se trata de verdades incommovibles y eternas, las afirmaciones demasiado absolutas, tan frecuentes, sin embargo, en los escritores, sobre todo como recurso efectista, o simplemente como efecto de una arraigada convicción. De este orden ha sido la formulada por no pocos biblistas hasta nuestros días, entre ellos el quizá más famoso, y ciertamente benemérito investigador “de la Sagrada Poesía de los hebreos”, título traducido en su libro en latín, el obispo londinense Roberto Lowth (s. XVII), cuando afirmó, refiriéndose al ritmo y escansión —digamos sencillamente la métrica o versificación— de la poesía hebreo-bíblica, que debían considerarse como “totalmente desconocidos y absolu-

tamente perdidos”. Tal era en efecto, el estado de la cuestión en aquel entonces³. Pero han transcurrido dos siglos largos y *dies diem docet*. Hoy podemos asegurar, a Dios gracias, que conocemos los secretos, que no eran tan recónditos en realidad, de esa versificación, y se han encontrado las fuentes de esa agua viva. Aunque todavía quedan muchos escrituristas que no se han enterado.⁴

Decir *verso* equivale a ritmo, cadencia, armoniosa combinación y sucesión de sílabas y otros elementos fonéticos del lenguaje, como son la cantidad vocálica o silábica en las lenguas en que ésta es claramente perceptible, el acento musical o de intensidad, etc. “Un molde con determinados relieves fónicos, a los cuales se adaptan las frases de que consta el poema”, lo define el *Diccionario de términos filológicos*.

Estas definiciones del verso, como elemento imprescindible en el género poético invalidan de un modo absoluto el concepto de “ritmo de ideas”, como se ha definido el famoso *paralelismo*, buscando una salida en apariencia aceptable, por quienes han pretendido ver en él la esencia de la métrica bíblica.

En nuestro estudio “sobre la verdadera significación y alcance del «paralelismo»” (1943) decíamos:

Fundamentalmente el ritmo métrico o versificación poética ha de basarse en uno de estos dos principios esenciales: *cuantitativo*, mediante la alternancia de vocales, y por lo tanto sílabas, largas y breves, o bien, *acentual*, determinado por la sucesión de sílabas tónicas y átonas, con sujeción a determinadas leyes en uno y otro caso, que resalten la eufonía y cadencia. Si faltan en absoluto estos dos elementos reguladores, no hay verso, ni, por lo tanto, verdadera composición poética, en todo su alcance. Aun en el ritmo silábico-acentual español y de las lenguas modernas —incluso del neo-hebreo—, el alma del ritmo es el acento, y el molde silábico (determinado número de sílabas constante o en alternancia), simple envoltura. Otros eventuales de cualquier orden, incluso la rima, de capital importancia, calificada por Victor Hugo como “cette suprême grace de notre poésie”, son secundarios, puramente accesorios.

Si en una lengua determinada, que en este caso es la hebreo-bíblica, se supone que el ritmo no descansa en ninguno de dichos principios, nos parece imposible descubrir en ella sistema alguno de versificación y, por tanto auténtica y cabal

3. Ch. Weisius, reedición del *Systema Psalmorum Metricum*, de Francisco Hare, vid. apud *De Sacra Poësi Hebraeorum*, de R. Lowth, ed. de J.D. Michaelis, Oxford 1822, dice asimismo: “Quaesitam a plurimis, ignoratam ab omnibus antiquam Hebraeorum poesin”.

4. Todavía, en efecto, no ha trascendido a la masa de lectores de la Biblia, ni aun a los más eruditos, el reconocimiento de la naturaleza de esa Poesía, ni sería posible aquilatarla desconociendo la lengua hebrea. Incluso muchos hebraístas siguen aferrados a la funesta exageración de la teoría paralelística, desorbitada de los prudentes límites que le asignó su sistematizador, el citado R. Lowth.

poesía, por muy brillantes que sean las galas de estilo y variados los diversos elementos literarios que pudieran señalarse.

Aunque parezca extraño, entre el cúmulo de teorías excogitadas para dar una explicación convincente al ritmo hebreo, quedó flotando, como si fuera verdadera y única, la del “paralelismo de ideas o miembros fraseológicos”, pero sin hacer mérito alguno del ritmo verbal.

Sintetizando en breves palabras, diremos que el ritmo de la poesía bíblica es netamente *acentual*, y los versos van estructurados en determinado número de *pies métricos* de varia extensión, desde una a cuatro sílabas, y variada factura (agudo, yambo, troqueo, anapesto, dácilo, anfibraco, peónico 1º, 2º, 3º, 4º, tomando el acento como ictus o tiempo fuerte, sin referencia a la cantidad silábica al modo grecolatino), regulados por una o más *cesuras* y con diversidad de *metros*, desde la dipodia hasta la dodecapodia, como límite máximo razonablemente admisible. El verso más corriente —siempre suele haber uno en todas las lenguas— es en la Poesía hebreo-bíblica la *hexapodia* (seis pies de cualquier clase: 3+3, o bien 2+2+2, o 4+2 y viceversa).

El ritmo acentual poético, determinado, como es norma ineludible, por el ritmo natural del idioma, está reconocido como más espiritual que el cuantitativo, cualidad que le presta mayor adecuación, aptitud y especial realce para la expresión de los altos pensamientos que atesora la divina poesía de la Biblia. Notemos asimismo que frente al ritmo cuantitativo de la métrica grecolatina clásica (que en la poesía medieval latina se trocó en silábico-acentual), como igualmente en la arábica, el acentual bíblico se asemeja al de las lenguas modernas, como la castellana, circunstancia de inestimable valor para la mejor y más fácil captación y para la escansión del verso por el hebraísta actual. Como el acento poético o métrico no difiere, por su colocación, del fónico de la palabra, la estructura métrica hebrea resulta de una extraordinaria simplicidad.

Aunque se ha pretendido encontrar la estructura estrófica en la métrica de los Salmos o de otros libros poéticos del A. Testamento, en su significación grecolatina y actual, patente en las literaturas modernas, como un ritmo más amplio que el de los versos, plasmado en varios de éstos, dos como mínimo y ocho como máximo generalmente, aparte de la excepcional amplitud de la *silva*, enlazados en determinado orden, que se repiten uniforme y sistemáticamente a lo largo de toda la composición, creemos tal hipótesis carente en absoluto de sólido fundamento. En la métrica hebreo-bíblica no encontramos más enlace de versos unidos entre sí en unidades iguales repetidas que las determinadas por el orden alfabético (hasta ocho versos por cada letra de las veintidós que integran el alfabeto hebreo, en el Salmo 119, o tres y dos en las Lamentaciones y algunos Salmos). Tal disposición de versos y alguna otra que esporádicamente pueda sorprenderse en los fragmentos versificados de los Profetas y libros sapienciales, pueden considerarse, a lo sumo, como un esbozo de estrofa elemental, pero no exactamente según el concepto clásico, y es lo único que en realidad cabe citar.

Otras segmentaciones intentadas se basan en el sentido del texto, no en el ritmo; por tanto, resulta abusiva en semejantes casos la denominación de estrofa.

El *paralelismo*, sea cual fuere el alcance que se le atribuya —no mayor a nuestro juicio, que el de un elemento secundario, no rítmico, sino fraseológico— descansa en la relación ideológica entre ambos hemistiquios del verso, o bien de un verso con otro.

No debe, pues, considerarse como la esencia de la métrica bíblica, aunque tal ha sucedido durante mucho tiempo, puesto que entre otras razones, que en su lugar expusimos detenidamente, se da también en la prosa, y es, más bien que un elemento regulador, simple consecuencia, que admite tres formas esenciales, con diversas subdivisiones, de la estructura bimembre, coordinativa de la frase hebrea, especialmente perfilada por el modo métrico, estrechamente ligada sintácticamente con las leyes ideológicas de la mentalidad hebrea y aun semítica en general.

Algunos otros ornatos circunstanciales completan la riqueza melódica del verso hebreo, como son: en primer término, la *onomatopeya*, de gran fuerza expresiva y extraordinaria frecuencia, como cualidad muy destacada del vocabulario hebreo, las *rimas* eventuales, no con sistematización estrófica, *estribillos* de varias clases, *aliteraciones*, etc.

A esto se reduce, en definitiva, lo esencial de la teoría sobre la versificación hebreo-bíblica. Permítasenos añadir, a modo de corolario, sin asomos de jactancia, pero con toda sinceridad y franqueza, que parece increíble se haya ignorado durante tantos siglos la verdadera naturaleza de esa versificación, y, en cambio, se hayan excogitado tantas y tan complicadas teorías para explicarla, siendo tan sencilla y patente su estructura fundamental.

Como consecuencia de esta gran simplicidad, son dignas de notarse las observaciones, mejor diríamos sagaces intuiciones, de R. Lowth, comparando esa métrica con la grecolatina, y, por extensión y analogía, con la de las lenguas modernas. “Al revés —dice— de lo que ocurre en la lengua griega, múltiple, variable y voluble cual ninguna, y también análogamente en la latina, en que se aprecia gran variedad de pies y de metros” —recuérdense los 24 usados por Horacio, que no agotan el elenco—, “el hebreo bíblico nos ofrece la más simple estructura; las primeras formas de las palabras son uniformes y muy semejantes entre sí, y sus flexiones, escasas y no muy diferentes, de donde fácilmente se deduce no serían sus tipos de versos ni variados ni multiformes, sino más bien sencillos, moderados, graves, más adecuados a la gravedad y dignidad que a la movilidad”. Y a continuación añade la acertada consideración, como consecuencia de esas y otras características que se adivinan: “Una composición poética vertida del hebreo a otro idioma, incluso literalmente en prosa, al permanecer idéntica la estructura fraseológica original, conservará también mucho de su primitiva dignidad, por lo que al metro se refiere, y como una imagen, siquiera sea obnubilada, del verso mismo. Es lo que se aprecia en las versiones de los poemas bíblicos en lengua vernácula, donde hasta con

frecuencia “pueden hallarse los miembros dispersos del *sacro* poeta”, muy al contrario de lo que ocurriría en los versos griegos y latinos traducidos de la misma manera (3^o *Praelectio*).

Esta ha sido, a nuestro juicio, la gran salvaguardia de la poesía bíblica, que no dudaríamos en calificar de providencia, y el secreto de su valor ecuménico; por eso, a pesar de los velos indicados, se han inspirado largamente en ella, bebiendo en las versiones, tantos preclaros poetas y otros ingenios.

c) Forma interna de la poesía bíblica

No dejará de causar extrañeza, y hasta quizá incredulidad a quien, en el mejor de los casos —prescindiendo de los menos versados en la preceptiva retórico-poética— posea solamente la tradicional formación estética troquelada en la turquesa grecolatina, la siguiente afirmación rotunda, sin ambages ni rodeos: todas las figuras poéticas que son ornato y elegancia de los antiguos poetas clásicos de Hélada y Roma, y de sus continuadores los de las literaturas europeas o de otros países, que los han imitado como a supremos y únicos modelos y maestros, todas, absolutamente todas tienen su expresión en los vates bíblicos. Y aun habría que añadir emplearon éstos algunas más típicamente orientales, semíticas, hebraicas o escriturísticas, así como también que la influencia, innegable y profunda, ha sido activa por parte de éstos y pasiva, receptiva por parte de los occidentales, sin excluir, en algún grado, a los mismos vates helenos del siglo de oro y posteriores.

Nuestra aseveración quedaría bien patente en un tratado completo, y aun simplemente elemental, de *Poética hebreo-bíblica*, que aún está por hacer —como lo está, igualmente, el de *Métrica* similar—, para el que podría espigarse, sin embargo, abundante material en diversos autores judeo-medievales, v. gr. Mošé ibn ‘Ezra, o cristianos de la Edad Moderna y más recientes, así como también en comentarios a los libros poéticos de la Biblia, sobre todo Salmos, Job, Lamentaciones y Cantar de los Cantares. En los breves moldes de una disertación no es posible, como es lógico, intentar esbozar, ni siquiera en síntesis, un tratado semejante.⁵

Quiso Dios, inspirador y autor principal de las Sdas. Escrituras y fuente de toda belleza,

“donde beben bellezas los genios,
los justos, los santos,
los limpios, los buenos”.

5. En nuestro *Manual de la Literatura hebrea, bíblica, rabínica y neojudaica* (1960), en el que damos prevalente atención al aspecto literario, así como en numerosos estudios sobre Filología y Lingüística hebrea (cerca de treinta), Literatura (una docena) y, ocasionalmente, en otros varios, hemos procurado poner de relieve esos valores de lenguaje, estilo y estructura de los escritos bíblicos.

presentar su sagrado mensaje, dentro de la inmaculada sencillez, que es su mejor gala y encanto, con todos los ornatos y aderezos que hacen más placentera y amable la expresión verbal, vehículo del pensamiento y engaste, en este caso, de las perlas preciosas de las divinas revelaciones.

Una vez más protestaremos de la tan lamentable ligereza, hija de la ignorancia de los tesoros que enriquecen la lengua santa y la literatura escrituraria, con que se ha afirmado, hasta por personas de gran autoridad y relevante saber en el campo bíblico, que los Sagrados Libros no contienen apenas realces literarios ni bellezas de expresión del orden que tanto se admiran en los escritores clásicos grecolatinos y de todas las literaturas de alto nivel. Como si los valores espirituales desmerecieran o se despreciaran al ser expuestos con toda la galanura posible del arte elocutivo. Hora es ya de acabar con tan errónea suposición, que nos retrotrae hasta los tiempos de Juliano el Apóstata.

Tras esta digresión, que nos ha parecido necesaria para desarraigar el equívocado concepto respecto a la supuesta mengua o carencia de méritos estético-literarios en la poesía bíblica, y en los demás géneros, vamos a señalar concretamente algunas notas específicas y caracteres más salientes que avaloran su forma interna.

d) Forma interna

Constreñidos por los angostos límites de una conferencia, máxime siendo el tema de tan vasta panorámica, lamentamos, sobre todo en este apartado, tener que esquematizar y condensar al máximo una materia que se desborda.

La poesía en todo tiempo y lugar se caracteriza esencialmente por el sentimiento, la imaginación y el lenguaje figurado, en estrecha conjunción; pero estos tres factores adoptan una variedad cuasi-infinita de formas, no solamente en cada literatura o lengua, sino hasta en cada poeta.

Los rasgos específicos que informan la poesía bíblica pertenecen fundamentalmente a tres esferas: *oriental, hebraica y religiosa*.

Conocidas son, en líneas generales, las notas distintivas de la psicología, mentalidad e idiosincrasia del mundo oriental, reflejadas en su poesía: vehemencia pasional, vistoso colorido, vibrante movilidad, audaces y brillantes metáforas, que relacionan hasta las cosas y fenómenos más dispares, pompa y brillantez, ardiente sugestividad, tendencia a la hipérbole, magnificencia y grandiosidad. Todas estas cualidades subyacen en la poesía escrituraria y fácil es descubrirlas mediante un atento análisis y fina observación.

El pueblo hebreo, semita de origen, lengua y temperamento, se fue modelando con estructuras propias de impronta indeleble por obra del Supremo Artífice, que hizo de él su nación elegida, las cuales hicieron de él un pueblo singular, distinto de todos los demás en muchos y primordiales aspectos, y se patentizan en su tesoro poético. La poemática hebreo-bíblica ofrece la particularidad de que, aun en el caso

de expresar sentimientos y acontecimientos individuales del poeta, encierra siempre una significación y simbolismo nacional y, además, trascendencia ecuménica y perpetua. Esos poemas, por generosa donación divina, desde hace muchos siglos, son patrimonio de toda la humanidad, cuyos azares, aspiraciones, ideales y afectos expresan de manera insuperable, mejor que los más sublimes cantos de los supremos poetas de otras literaturas.

Pero el máximo valor en la expresión literaria de la divina Escritura, singularmente en su parte más selecta, la poesía, se aquilata y sublima con los destellos espirituales que realzan el estilo bíblico, más divino que humano. *Spiritus intus alit*, podríamos decir, divinizando el dicho virgiliano (*Eneida*, VI, 726), dado que en los vates bíblicos, ungidos por el carisma profético, es el propio Espíritu Santo, *qui locutus est per prophetas*, quien inspiró sus admirables cantos. “Tienen su origen más elevado y justamente se atribuyen al soplo del Espíritu divino”, observa atinadamente el gran admirador y estudioso de la poesía bíblica R. Lowth (*De sacra Poesi Hebr., Prael. 2*).

Si, como dice el mismo Dios, por ministerio de Isaías: “No son mis pensamientos como los vuestros, ni mis caminos son vuestros caminos” (Is 55⁸), tampoco la expresión oral de esos pensamientos, destinados a la humanidad de todos los tiempos, puede compararse con la meramente natural, producto del ingenio humano, por exquisito que sea.

Reiteradamente hemos insistido en un principio que los helenistas y latinistas sobre todo, y los eruditos en general, quizá no admitan de buen grado, pero que, si desconocen la forma original de la poesía bíblica —aunque sus primores estético-literarios son tan excelsos y singulares que trascienden en gran parte a las mismas versiones—, tampoco tienen derecho a negar: es el siguiente. Todas las bellezas y ornatos que tanto se han admirado, y con razón, en los poetas clásicos griegos y latinos y sus imitadores y continuadores de las lenguas europeas, absolutamente todas esas galas y algunas más, por la índole especial de los autores y la poesía que nos ocupa, se encuentran representadas en los vates bíblicos, advirtiéndose, asimismo, que en su mayoría éstos son anteriores al siglo de oro de Hércules —no digamos ya al de Roma—, y algunos, incluso al llamado “padre de la poesía”, el “divino Homero”. No podemos desarrollar aquí con mayor extensión ni precisión nuestra tesis; pero las fugaces referencias de figuras más usuales y características de la poesía bíblica en general que a continuación mencionaremos son argumentos bastante probatorios.

La *onomatopeya*, o armonía imitativa, gala de todos los grandes poetas, tiene honda raigambre en la poesía bíblica, como que es una cualidad inherente a un número prodigioso de vocablos hebreos, al menos los de su estrato más primitivo. Isaías nos brinda ejemplos maravillosos, de impresionante efecto, como tuvimos ocasión de poner de relieve en un estudio especial sobre la métrica de su libro, y en los Salmos hallamos igualmente efectos magníficos, v. gr. el 3^o, que, dentro de su

brevedad —nueve versículos, incluido el título— es un variado muestrario de onomatopeyas.

El *apóstrofe*, exhalación vehemente del alma, en su forma más sublime, como elevación del alma hasta el trono de Dios, y otras veces dirigiéndose al hombre, a todas las criaturas, a la naturaleza entera, es quizá la figura más usual en la poesía lírica de los Salmos y en la de los Profetas.

La *aliteración*, figura de dicción, típicamente fonética, de mayor prestancia, precisión y provecho de lo que pudiera creerse por la simplicidad de sus recursos, tan generalizada en las literaturas, paremiología y habla corriente, muy reiterada en Homero y Virgilio, exagerada en Ennio, largamente utilizada por tantos poetas al extremo que podrían completarse gruesos volúmenes solamente a base de ciertos poetas españoles y franceses, por no referirnos sino a los más accesibles, es un ornato frecuentísimo en la poesía, y aun en la prosa bíblica.

Los llamados *tropos* (metáfora, alegoría, sinécdoque, metonimia), de especiales características en el área de la poesía escrituraria, son tan comunes, que su empleo se enraiza en la estructura íntima del vocabulario hebreo, y tal es su importancia y relieve que el género *mašal* (gnómico, sentencioso, propio de los libros sapienciales, Job, Proverbios, etc.), uno de los dos básicos en la poesía bíblica, tiene como condición esencial en su factura la formulación de un pensamiento, en molde bímembre, a base de una expresión figurada más o menos patente, o siquiera latente, en la íntima semántica de algún verbo o sustantivo. Por eso hemos propuesto alguna vez la traducción, como más exacta, de “Sentencias alegóricas” en lugar del generalizado e impropio título de “Proverbios” en el libro de este nombre. Más no cabe en punto a imaginiería y figuras en la poesía, y nada similar hallaríamos en las demás literaturas, empezando por la griega.

Muchos ejemplos podríamos aducir de figuras gramaticales, a pesar de la simplicidad de la sintaxis hebreo-bíblica, p.e. la elipsis, aún más frecuente que en la *romana brevítas*, y de figuras retóricas y poéticas, pertenecientes a la esfera conceptual (lógicas), imaginativa (pintorescas), sentimental (patéticas) y volitiva, extrínsecas o figuras de lenguaje, e intrínsecas, de contenido, así como las tendentes a la perspicuidad de los medios particulares elocutivos, a la intensificación de la expresividad, a la ornamentación estilística, a la incrementación de la eufonía y la eurtimia. Veríamos múltiples y llamativos ejemplos de paronomasias, asonancias, similitudencias, retruécanos, perífrasis, hipérbolos, énfasis, símiles y alegorías, paralelismos, paradojas, eufemismos, reticencias, así como descripciones, antropomorfismos, prosopopeyas, etopeyas, ironías, paradojas, deprecaciones, imprecaciones y execraciones, conminaciones y cuantas elegancias de dicción y de pensamiento pudiera apetecer el espíritu más selecto y ávido de bellezas literarias.

Pero vana, ociosa y nunca exhaustiva resultaría la mera enumeración de figuras estético-literarias o específicamente poéticas de todo orden sin la debida explanación y ejemplos adecuados, que podrían espigarse a montones. Libros como

el citado de Isaías y aun casi todos los Profetas llamados Menores, el Salterio y el imponderable Cantar de los Cantares, es decir el supremo y más excelente cantar, son un tesoro de galas poéticas. Nada extraño que a ese libro inmortal hayan ido “a beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo” (Donoso); y la fuente sigue inagotable. ¡Cómo palidecen a su lado, según la entusiasta y feliz exclamación de Lamartine, los mayores poetas griegos y latinos!

. Pero mejor que ponderar esas bellezas inmarcesibles, es ir a saborearlas en sus propios pensiles: “Gustad y ved cuán bueno es Yavé”, *suavis* traduce la Vulgata (Sal 33^o), “¡Cuán dulces son a mi paladar tus oráculos, más que la miel para mi boca!” (id 119¹⁰³).

e) Fondo doctrinal

La importancia y méritos relevantes que hemos querido resaltar en la forma externa e interna, como vistoso y espléndido ropaje, de la poesía bíblica, en nada aminora, antes bien sublima, la trascendencia de su fondo doctrinal, fin primario de toda la divina Escritura. Nos interesa, sin embargo, destacar, en primer término, la distancia abismal, infinita entre la palabra, como simple envoltura y vehículo, y el contenido espiritual que en ella palpita. Aquella es el cuerpo, éste es el alma. La forma es cristalización sutil, bella, atractiva, pero necesariamente material, humana, para hacerse accesible al destinatario, el hombre; el fondo representa el soplo divino, que la anima y vivifica, luz celestial y destello de eternidad.

La única disculpa que cabría admitir para el antes lamentado descuido, olvido y hasta desconocimiento de los eminentes valores formales y estéticos de los escritos bíblicos, sobre todo los poéticos, como más brillantes, podría ser la distancia, como del cielo a la tierra, entre la expresión verbal de la Palabra de Dios y las divinas enseñanzas en ella contenidas.

Cuando San Pablo, supremo Doctor de los gentiles, en su Epístola I a los Corintios (1¹⁷), pasaje bastante citado por los escrituristas, insiste tanto en que él no anunció el testimonio de Dios “con sublimidad de elocuencia o de sabiduría” (2¹), ni “en persuasivos discursos de sabiduría” (v. 4), “ni con sabia dialéctica” (1¹⁷), sino “las palabras aprendidas del Espíritu” (2¹³), “enseñando una sabiduría divina” (v. 7), han de tenerse en cuenta varios factores para no deducir de ahí inadecuadas y desfasadas consecuencias.

En primer lugar, él se refiere solamente a su predicación, su obra de palabra y por escrito; nada hay en esos textos que autorice generalización a toda la divina Escritura. Se expresa, además, en términos de ejemplar y santa humildad, cual cumple a todo escritor u orador cuando habla de sí mismo, máxime teniendo él tan bajo concepto de sí mismo como declara en numerosos pasajes (sobre todo en I Cor 15⁸⁻⁹). Por último, se dirigía a griegos, de una ciudad famosa, tan culta como

corrompida, acostumbrados a la brillantez oratoria y a los alambicados razonamientos de los sofistas y ociosos charlatanes del ágora. Pero, en definitiva, queda bien asentada, sobre inmovibles cimientos, la supremacía absoluta del contenido encerrado en el mensaje divino sobre su forma de expresión, cualquiera que sea.

Tres son los temas esenciales en la poesía de todos los pueblos, desde que el mundo es civilización, siquiera sea en sus estratos primarios: el religioso, el humano y el cósmico, cada uno específicamente tratado en cualquiera de sus múltiples aspectos, o bien, caso más frecuente, formando los tres un polícromo conglomerado de abigarradas irisaciones, según el numen y pericia del poeta, una fusión feliz, en la que generalmente predomina o da el tono mayor alguno de ellos, destacado sobre los demás.

También suele dividirse la poesía, en términos generales, en religiosa y profana, diferenciación que se manifiesta claramente, incluso con tal designación específica, en la poesía hebrea postbíblica, heredera en máxima parte de la antigua bíblica.

La poesía bíblica es la única que se nos ha conservado de los remotos tiempos del Antiguo Testamento. Las escasas referencias a la profana, o restos, que pueden espigarse en el texto bíblico son testimonio suficiente de la existencia de la misma, que, por lo demás, sería lógico deducir, pero no de bastante entidad para calcular su importancia real. Los procedimientos métricos y estilísticos serían análogos a los empleados en la religiosa, y los temas, concordes con las aspiraciones, sentimientos varios, situaciones, alegrías, dolores, azares que entretengan la gama de la vida humana. Pero en un pueblo tan hondamente penetrado de la idea de Dios, de su poder y providencia, cuyas leyes y preceptos regían todos los momentos de la existencia, es natural pensar que la misma poesía profana, que mejor llamaríamos popular, estaría fuertemente matizada e influenciada por el sentimiento religioso, como durante siglos acaecería después en la cristiana.

Por consiguiente, lo que no admite dudas es que la poesía bíblica es netamente religiosa, y los indicados tres temas se centran en la esencia religiosa, cuya última meta es Dios. Filosofía y Teología en la Biblia, como en las culturas antiguas, y la línea se continúa dentro de la Escolástica cristiana, aparecen estrechamente unidas; y como la sabiduría y la poesía van tan íntimamente ligadas en los libros sapienciales del A.T., de ahí se deduce la substancial vinculación entre la teología y la poesía en el ámbito escriturario. Semejante particularidad ha de hacerse extensiva a los libros proféticos, oráculos de la divinidad, en gran parte compuestos en lenguaje y módulos poéticos, con frecuencia de subidísimos quilates.

Los otros dos factores consignados, *hombre* y *mundo*, la naturaleza visible, dentro siempre del ancho y profundo marco religioso que hemos acotado, tienen amplísima participación en ese conglomerado poético, hasta el extremo que en ninguna literatura vemos tanta variedad de matices humanos como los que se describen y patentizan en la bíblica. La razón estriba en la poderosa irradiación

divina sobre el elemento humano, al que transforma, enriquece y hasta diviniza; en cambio, la moderna poesía, y gran parte de la restante literatura actual, en su afán satánico de negar a Dios y su providencia con el hombre, ha desposeído a éste de sus más egregios valores, llegando hasta deshumanizarle.

Cuando decimos que todos los grandes poetas occidentales, y muchos otros de menor valía, han ido a beber en las claras fuentes bíblicas, admitimos implícitamente la multiplicidad de temas tratados en la poesía bíblica, hasta el extremo que bien podría afirmarse no existe un motivo, situación, estado síquico, azar humano que no haya tenido resonancia y feliz expresión en los poetas de la Biblia, con una finura de matización, profundidad psicológica y elevación sobrenatural tales como no encontraríamos en ninguno otro de los que constelan la literatura universal; y cuando se les asemejan o acercan, como es el caso de los poetas cristianos, es porque en ellos se inspiraron. En consecuencia, toda la gama cuasi-infinita de humanos sentimientos está representada en ese vasto panorama; pretender señalar ejemplos equivaldría al intento de elaborar un gran libro, de inigualable valor humano.

La Patria, el amor en todos sus modos y grados, la amistad, la próspera y adversa fortuna, la alegría y el dolor, el triunfo y el fracaso son los temas fundamentales de la poesía épica o lírica en los pueblos antiguos, y en los modernos dentro de las limitaciones de las nuevas corrientes ideológicas y situaciones sociales. En la Biblia, además de esos motivos, aparecen con brillante colorido las relaciones del hombre con Dios, de la tierra y el cielo, de lo temporal y lo eterno.

En cuanto a la cosmovisión de los vates bíblicos, su palpitante sentimiento de la naturaleza, en la que la mayoría de ellos aparecen inmersos en extática contemplación, baste mencionar, por vía de ejemplo, el incomprable Salmo 104, magistralmente traducido por Fr. Luis de León, o esa perla del Salterio que es el Salmo 8º, y las maravillosas descripciones de la naturaleza que atesora el libro de Isaías.

La ciencia, con sus audaces descubrimientos, en los que, por otra parte, no hace el hombre sino cumplir consciente o inconscientemente el precepto divino de henchir la tierra, someterla y dominar sobre todo cuanto vive y se mueve sobre ella (Gn 1²⁸), es decir, en suma, dominar la naturaleza y sus leyes, jamás llegará a una visión tan profunda y clarividente de las cosas y la misión de cada una como la que nos ofrecen los poetas bíblicos: “Los cielos pregonan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Sal 19²), ni logrará una dignificación mayor del hombre que la proclamada en términos tan sencillos como los del Salmo 8º citado: “Le has hecho poco menor que Dios, le has coronado de gloria y honor, le diste el señorío sobre las obras de tus manos”.

f) Perennidad de la poesía bíblica

El ser humano tiene en lo más íntimo de su alma un afán inextinguible de eternidad, y, como reflejo y manifestación de ese sentimiento, valora los elementos de que se sirve o que son creación de su espíritu en función de su duración o

perennidad. Lo perecedero y caduco, como la flor del campo, según el símil bíblico, encierra escaso valor y simboliza la transitoriedad de tantas cosas humanas. A tenor de esos módulos, las obras de ingenio se sitúan en una escala de axiológica valoración teniendo en cuenta, aparte de otros méritos, el de su perdurabilidad.

La poesía auténtica es, entre todas las Bellas Artes y géneros literarios, la siempre viva, de máxima vitalidad, que ostenta el privilegio de perpetua lozanía, y, entre otras, la *bíblica*, por muchas razones, algunas anteriormente indicadas, lleva en sí estampado un sello de eternidad.

La pujanza y difusión de la inspiración bíblico-poética del antiguo pueblo de Israel no se limitó a los tiempos antiguotestamentarios: su virtualidad creadora siguió actuando en la múltiple vertiente de la liturgia sinagoga postbíblica, la literatura judaica medieval y posterior, hasta nuestros días, por un lado, y la liturgia y literatura medieval y siguientes de las naciones europeas o de otros continentes, que abrazaron el Evangelio y fueron formando la cultura con justos títulos llamada cristiano-occidental, convertida ya en ecuménica.

Nunca sufrió eclipse el cultivo de la poesía en el pueblo israelita. Aun en la época mišnaico-talmúdica y la subsiguiente masorética, que abarcan cerca de un milenio, y se caracterizan principalmente por una intensa actividad jurídica y textualista, en la reconstrucción lenta y azarosa del nuevo Israel de la Diáspora, siguió floreciendo, como rosa entre espinas.

Desde los *paytaním* término griego hebraizado que designa a los vates litúrgicos, a partir del siglo VI de nuestra era, como consecuencia de la *Novella* 146 promulgada por el emperador bizantino Justiniano (553), hasta los grandes poetas hispanojudíos medievales (s. X al XV), entre los que brillaron astros de primera magnitud, todos buscaron su excelsa inspiración en los fontanares bíblicos.

La divina poesía de la Biblia, oráculo y plegaria, epopeya y lirismo, enseñanza y paremiología, bandera, en suma, de aquel pueblo que fue en tiempos pasados la “estrella de Oriente”, cuando “la profecía calló” y cesó la inspiración de lo alto, no se esfumó ni desapareció, sino que retoñó con renovado vigor y lozanía por efecto de la misteriosa *bat qôl*, “hija de la voz”, eco, (como los rabinos llamaban a la “inspiración”, sobre todo la poética), que brotó del corazón de los vates judíos posteriores a lo largo de dos milenios.

La poesía bíblica fue el numen inspirador de esos geniales poetas que alumbraron una esplendorosa época áurea en la literatura hebraicoespañola; ella resonó con ecos de salmodia, sabiduría sentenciosa y fugacidad de lo terreno en la lira del visir-poeta Šmuel Ibn Nagrella, de la taifa granadina; arrancó sublimes acentos teológicos y místicos del arpa de oro del malagueño y después zaragozano Šlomó ibn Gabirol; vibró con tonos líricos y emotivos poemas de destierro en la lira del tudelense Yħudá ha-Leví, y moduló, tras los alegres devaneos poéticos de la juventud, los gemidos penitenciales y contritos del granadino Mošé ibn ‘Ezra, “el poeta de los poetas”.

Las innumerables referencias escriturarias que esmaltan con áureos celajes las composiciones, sobre todo las religiosas, de esos y tantos otros insignes poetas de la escuela hispanomedieval, hasta tal punto que con frecuencia esos poemas se convierten en verdaderos centones de frases o citas bíblicas, explícitas o implícitas, con la consiguiente dificultad de captación para quien no conozca el texto bíblico tan a la perfección como sus autores lo conocían, son testimonio fehaciente del inexhausto venero bíblico que fue su principal inspiración, sin mengua del peculiar genio poético y magistral pericia de cada uno.

Esa cadena en la tradición de la inspiración bíblica, que adquiere en el hebraísmo postbíblico ramificaciones insospechadas, ha continuado sin interrupción hasta nuestros días, y brilla con áureos resplandores en el mayor poeta hebreo contemporáneo, muerto hace cuatro décadas (1873-1934), en cuya mente y corazón palpitaba el alma de los antiguos profetas-poetas bíblicos.

En cuanto a los poetas *cristianos*, desde los balbucesos medievales hasta las brillantes floraciones posteriores de la literatura hispana y demás europeas, ya dijo la voz tonante de aquel fénix de la oratoria que fue el Marqués de Valdegamas, en su famosísimo discurso académico sobre la Biblia, o, mejor, por su estricto contenido, sobre la poesía bíblica, que a esa fuente inextinguible de belleza, que es la Biblia, “el libro por excelencia”, “han ido a beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones y arrebatarse las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías”. Y a tal punto es verdad esta afirmación, que no dudó en coronarla el brillante orador con esta especie de genial desafío: “Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la grande, la bella literatura española, y la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus soberbias y sus santas magnificencias”.

Si alguien pusiera en tela de juicio semejante afirmación, le invitaríamos a repasar los cuantiosos materiales acumulados para los Cursos Monográficos que desarrollamos en la Universidad de Granada, durante cuatro cursos académicos⁶ sobre el amplísimo tema *Influencias bíblicas en la literatura española*, a modo de comentario demostrativo de dicha frase, que ojalá algún día puedan estructurarse en una obra, cuya publicación exigiría varios y abultados tomos.

Análogos estudios podrían realizarse —sólo en parte se han hecho— respecto a las literaturas de las demás naciones tradicionalmente cristianas de Europa, así como también sobre las Bellas Artes en general.

El mismo Donoso en el lugar citado menciona, por vía de ejemplo, un cuarteto de poetas extranjeros, como más representativos entre la legión de los occidentales que podrían enumerarse: Petrarca, Dante, el poeta de Sorrento (Torcuato Tasso) y Milton.

6. 1946-47 (lit. hispano-medieval), 1947-48 (época áurea), 1956-57 (s. XIX), 1961-62 (s. XX).

Basten estas ligeras anotaciones para demostrar la pervivencia como manantial de inspiración, aparte de sus propios valores intrínsecos y sobrenatural trascendencia, de la poesía bíblica. Con mayor razón aún que la realidad de la “Filosofía Perenne”, podemos atestiguar la existencia y perpetuidad de la “Poesía perenne”, cuya más egregia e insuperable floración es y será la poesía bíblica, como expresión que es, la más esplendorosa, de la Palabra de Dios, por poesía y más aún por divina, que *manet in aeternum* con inmarcesible y perpetua lozanía.